MAURICIO TAPIA S.

SIDERA

El Pueblo de las Bestias



Áurea Ediciones

© Sidera: El pueblo de las bestias
Sello: Tricéfalo
Primera edición: Agosto 2024
© Mauricio Tapia S
Director editorial: Aldo Berríos
Ilustración de portada: Juan “Nitrox” Márquez
Corrección de textos: Felipe Reyes
Diagramación: Marcela Bruna
Diseño de portada: Marcela Bruna

© Áurea Ediciones
www.aureaediciones.cl
Errázuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile
ISBN: 978-956-6386-10-0



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin permiso escrito del editor.
Todos los derechos reservados.

Para mí, que disfruto crear e hilar historias.
Para ti, querido lector, que la curiosidad te llevó a leer esta obra.
Para todos los que amé, amo y amaré.
Para todos los que se sintieron como un monstruo
alguna vez en su vida.

«Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias,
sino para los hombres, pero si los hombres las
sienten demasiado, se vuelven bestias.»

Don Quijote de la Mancha,
—Miguel de Cervantes

Capítulo 0: La sonrisa



No solo había dejado de nevar, el cielo estaba despejado por completo. La nieve acumulada en el antejardín crujía por los pisotones de una bestia herida. La fría blancura reflejaba los colores de un espectáculo celestial; los cuentos locales llamaban a esas luces «Aurora».

—Papá, mamá, ¿por qué está llorando?

El padre le puso la mano en la cabeza.

—No hay despedida que no sea amarga, mi amor.

Un fuerte viento sopló.

—Entonces debo apurarme a agradecerle —dijo dando un paso hacia adelante—, porque cumplió la promesa que me hizo.

Capítulo 1: Ejecución



Con la lengua mutilada, sometido de rodillas y con la cabeza apoyada en el bloque de sacrificios, Flabello, el sentenciado, era el centro de atención. Los guardias que lo habían escoltado hasta el Altar del Perdón bajaron por las escaleras laterales tan pronto como pudieron y se unieron a los espectadores. Un hombre con una capucha oscura daba vueltas una manivela a pocos pasos de él: un negro rodillo desprendía anaranjadas chispas al rozar el acero de un hacha de dos manos. El estridente chirrido que emitía la piedra de afilar apenas podía compararse con la furia con la que los pueblerinos alentaban a quien manipulaba el arma ceremonial.

Los copos de nieve caían tímidos del nublado cielo del Pueblo Congelado de Frigus, cada uno volviéndose un testigo más del rito solemne que se estaba llevando a cabo. Flabello Giroflé estaba inmóvil, era libre de levantarse e intentar huir del Altar del Perdón, pero solo se limitaba a mirar un punto fijo entre la multitud: directo a los ojos de una niña con ambos párpados enrojecidos y quien había heredado su

sangre y apellido.

Sin aparente esfuerzo, el encapuchado levantó el hacha con una mano, enseñándosela a todo el público, los cuales se calmaron de golpe.

El súbito reinado del silencio hizo que las pisadas del verdugo avanzando hacia el hombre arrodillado fueran audibles para todos los allí presentes.

Cuando el verdugo estuvo cerca del costado de Flabello, un viejo hombre de túnica blanca con bordados dorados y esmeralda elevó su voz desde la parte baja del patíbulo. Recitó un largo sermón sobre los pecados, el perdón, la redención y otros temas afines. Y cuando finalizó, oró con la vista dirigida hacia las nubes:

—Señor de la luz. Quaestio bendito. Tu gran ley. Tú eres justo. Gran juez. Castigo divino.

Ninguno de los ciudadanos se atrevió a perturbar el silencio; era un acuerdo tácito, parte del ritual. Sin embargo, la quietud de a poco comenzó a quebrarse cuando el sacerdote bajó su mirada y fijó sus pupilas en el público.

—¡Señor de la luz! —exclamó con ímpetu el sacerdote.

—¡Quaestio bendito! —respondió la gente exaltada y al unísono.

El hacha del verdugo se elevó por encima de su cabeza apenas se escuchó la primera parte de la oración.

—¡Tu gran ley! —prosiguió el religioso.

—¡Tú eres justo!

Brotaron lágrimas de los ojos de Flabello.

—¡Gran juez!

—¡¡Castigo divino!!

Y el hacha descendió.

* * *

Caligo Prehensio tiraba de una carreta cargada con un cadáver que aún no había perdido del todo su calor corporal. La nieve en el sendero que conectaba el Altar del Perdón con el cementerio provocaba que su tarea fuera más extenuante de lo que ya era en un comienzo.

Las miradas de los ciudadanos se clavaban en su piel y en la del muerto; los ojos de los niños transmitían curiosidad, mas los de los adultos emitían la natural repulsión y temor hacia un cuerpo decapitado y hacia Caligo Prehensio, el verdugo del Pueblo Congelado de Frigus.

Sus brazos, entumecidos por el frío y acalambrados por el esfuerzo físico, cedieron apenas dejó la carreta frente a su casa, ubicada no lejos del cementerio; privilegio o maldición de formar parte del linaje de los Prehensio. Tras quitarse la máscara, empapada en sudor propio y sangre ajena, apartó hacia un lado los negros rizos que tenía pegados en su frente y se restregó la cara con las mangas de su ropa.

Acercó su mano hacia la manilla de la puerta de su casa, pero se detuvo apenas tocó el frío acero. Se tomó un momento para reunir valor y decidió, por fin, entrar a su hogar. El característico chirrido de las bisagras gastadas provocó que los ojos de un hombre paralítico se fijaran en él.

—Perdón, padre —dijo Caligo al mismo tiempo que bajaba la cabeza.

Durante todo el camino a casa solo pudo pensar en lo que había olvidado con las prisas la mañana antes de partir a la ejecución: dejar preparado el desayuno de su padre.

—Ven —sentenció Fautor con un tono severo desde su lecho.

Caligo no dudó un segundo en seguir la orden y, una vez estuvo a su lado, se arrodilló frente a la cama donde yacía tumbado su padre; tenía claro cuál era su castigo.

Tras coger una vara de alerce del velador con la mano derecha, Fautor le propinó una serie de azotes en los brazos y costados a su hijo de dieciocho años mientras le soltaba una avalancha de insultos.

—Mocoso descuidado, bueno para nada, montón de mierda, ¿quieres que me muera? —exclamó con evidente dificultad en el habla.

En silencio, Caligo recibía el castigo sin siquiera intentar cubrirse. Aquel dolor físico palidecía en comparación a la aflicción que sentía en su corazón, pues notaba que, con el tiempo, los despiadados golpes que su padre le propinaba iban siendo cada vez más débiles.

Una vez que Fautor acabó de disciplinarlo, Caligo se apresuró hacia los aperos de cocina. Los restos de comida del día anterior en algunos cuencos habían atraído moscas, por lo que fue lo primero de lo que se ocupó. Después de separar los utensilios limpios de los sucios, procedió a preparar un potaje de verduras. Una vez acabó, se lo sirvió en una bandeja de madera junto a un pan de centeno con queso y una jarra de cerveza. Intentó ayudar a su padre a acomodarse en la cama para que pudiese comer, pero este lo detuvo con la mano.

—Ve a trabajar —le ordenó.

Caligo le dedicó una mueca de dolor a su padre y, tras dudar un instante, asintió con la cabeza.

***

Para Caligo, tirar de la carreta con el cuerpo del sentenciado de turno y con las herramientas de su oficio, era lo más difícil de su rutina diaria, y no ayudaba el hecho de que el lugar donde se entierran a los muertos estuviera tras subir una cuesta. El oficio de verdugo no se limitaba a solo